

bien extendido para que se consumiesen, y dejar en otras competente repuesto de pólvora para que á su tiempo se volasen. A pesar de toda la actividad y diligencia con que se procedió por nuestra parte, consiguió el enemigo con su fuego echar á pique algunos de estos barcos, bien que mucha gente de ellos se salvó á nado ó fué recogida por otros botes.

»Luego que los ingleses se aseguraron de que ya no podían hacer fuego las flotantes, echaron al agua algunas de sus cañoneras y barcos armados, con los cuales se apoderaron de varios de nuestros yentes y vinentes, haciéndose dueños en los mismos términos de los últimos restos de tropa ó marinera que quedaban todavía en las flotantes para esperar su turno de ser socorridos: de suerte que por este medio al amanecer del día siguiente hicieron prisioneras trescientas treinta y cinco personas (inclusos varios heridos), á quienes se sabe que el general Elliot trataba con la mayor humanidad y agasajo. Las flotantes se fueron volando de allí á poco, á excepción de tres que quedaron consumidas del todo hasta las planchas de la superficie del agua. — «De resultas, añadía la Gaceta, del incesante fuego enemigo durante este día y noche, así contra las baterías flotantes y sus tripulaciones, como contra el crecido número de chalupas y otras embarcaciones empleadas en el trasbordo, hubo la pérdida que manifiesta el estado que sigue á esta relación, la que no debemos concluir sin expresar que en los de los citados generales de mar y tierra, en los que da el señor conde de Artois como testigo ocular, y en todas las demás cartas particulares se hacen singularísimos elogios del valor, serenidad é inteligencia con que se han conducido en todos los lances y maniobras ocurridas en todo aquel día y noche, tanto los sujetos distinguidos que mandaban las baterías flotantes, como todos los demás oficiales de mar y tierra de ambos ejércitos y armadas que tuvieron diferentes encargos y comisiones (1).»

Sobradamente se desprendía del contexto del parte toda la intension de aquella gran calamidad. Mustios y apenados se retiraron todos los espectadores que habían acudido á presenciar el solemne y ruidoso combate (2). Sin embargo, los sitiadores no se abatieron tanto como era de temer; por el contrario, prosiguieron con vigor las operaciones del sitio, se construían nuevas obras, y diariamente jugaba la artillería, así de tierra como de las lanchas, y había un fuego casi constantemente sostenido entre la plaza y el campo, haciendo y recibiendo alternativamente daños de consideración, y no dándose apenas momento de reposo ni sitiadores ni sitiados. Así continuaron hasta cerca de mediado octubre (1782), en que se supo que estaba próxima á llegar la escuadra inglesa de socorro, de mas de treinta navíos de línea, con un considerable convoy de trasportes, al mando del almirante lord Howe. A fin de impedirle la entrada, y batirla, si se podía, se situó á la boca del puerto la escuadra combinada, mucho mas numerosa que la inglesa en navíos, fragatas, balandras, escampavías y otras embarcaciones destinadas á apresar los trasportes de los enemigos mientras se daba el combate (3). Pero la noche del 10 sobrevino tan recio y espantoso temporal, que el navío *San Miguel* de 70 cañones fué arrojado sobre

(1) Gaceta del 24 de setiembre de 1782.—Seguia un estado individual de los muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con expresion de los regimientos ó de los buques á que pertenecian.

(2) Añade William Coxe, y repite Ferrer del Rio, que los príncipes franceses se retiraron tambien del campamento en cuanto ocurrió la terrible catástrofe, y vinieron á Madrid y al Escorial, donde se les hizo una acogida menos afectuosa que antes, y de donde tomaron la vuelta de su patria. Esto no es exacto, pues por lo menos el conde de Artois no solamente no se movió entonces del campo de Gibraltar, sino que un mes mas adelante anunciaban los partes oficiales haber partido de allí la madrugada del 15 de octubre para Cádiz, igualmente que el conde de Dammartin; y el 26 de setiembre se pasó una revista general á todo el ejército sitiador para que lo viera el conde de Artois.

(3) Sin embargo distaba mucho de componerse de 74 navíos de línea y muchas fragatas, como dice el historiador inglés William Coxe, que por otra parte rebaja á solos 30 los de la escuadra inglesa. Evidentemente el escritor inglés pecó de una inexactitud poco justificable, pues segun todos los partes oficiales y muchas relaciones y cartas, la escuadra combinada, si bien superior, constaba de 46 á 50 navíos de línea, que pocas veces se vieron juntos.

la costa enemiga, y encallándose en el paraje llamado Arenasgordas fué apresado por la guarnicion. Otras varias desgracias y averías causó la violencia del huracan, y aunque muchos buques se salvaron del conflicto á fuerza de actividad y de trabajo, y se rehabilitaron con la posible presteza, mucho padeció la expedicion, y no se pudo evitar que la escuadra inglesa pasara el Estrecho formando dos líneas y haciendo rumbo á las costas de Africa, ni que cuatro buques de carga lograran entrar en el puerto.

La fuerza del viento y de las corrientes empujó la armada británica engolfándola en el Mediterráneo. En su busca partió la española y francesa mandada por don Luis de Córdoba la tarde del 13 de octubre (1782), al mes justo de la gran catástrofe de las flotantes, y tan pronto como el temporal y la necesaria reparacion de los buques se lo permitieron. Queriendo darle caza anduvo bastantes días, luchando otra vez con tiempos borrascosos, que llevaron muchos de nuestros buques menores á la costa de Málaga con no pocas averías y descalabros, en tanto que la escuadra enemiga, ó mas afortunada ó mas diestra, evitando el combate, tuvo la habilidad ó la fortuna de embocar otra vez el Estrecho y salir de nuevo al Océano, dejando surtida la plaza de Gibraltar de provisiones de todas clases y reforzada con mil cuatrocientos hombres. Siempre en busca de ella la escuadra de las dos naciones, la avistó la mañana del 20, cuando ya el convoy enemigo estaba en salvamento, y continuando la caza con toda diligencia, en la tarde de aquel día la alcanzó en actitud de esperar el combate, pero aprovechando su ventaja de vela para no ser atacada por todas nuestras fuerzas. En efecto, en la lucha que se empeñó, y en que pelearon vanguardia, retaguardia y centro, solo se encontraron treinta y tres navíos españoles y franceses, entre ellos el *Santísima Trinidad* que montaba el general de la expedicion don Luis de Córdoba, contra los treinta y cuatro navíos ingleses, favorecidos de una ventajosa posicion accidental. Así fué que despues de algunas horas de combate sin resultado decisivo, la escuadra inglesa quedó fuera de fuego, retirándose con vela desigual segun le convenia para mantener su orden, y el general español, teniendo por infructuoso el perseguirla mas tiempo, por la ninguna esperanza de alcanzarla, y por considerarlo arriesgado no conociendo aun las averías de su línea, determinó ceñir el viento, y aprovechar el primero oportuno para dirigirse con la armada á Cádiz (4).

Por los partes siguientes se supo que la escuadra había sufrido en el combate la pérdida de trescientos ochenta y cinco hombres entre muertos y heridos. Excusado es decir que en el parte de lord Howe y en los periódicos de Londres se pintaron muy de otro modo las circunstancias y resultado de este combate, y ya lo pronosticaba bien don Luis de Córdoba cuando escribia: «La Inglaterra se gloriará de haber esperado con treinta y cuatro navíos á cuarenta y seis; pero quien conozca el oficio sabe que la calidad de tanta ventaja de vela suple al mayor número, en grado que nunca pudieron entrar en fuego trece ó catorce navíos de la retaguardia, en que había dos de tres puentes, y dos de á ochenta, y tres generales comandantes del cuerpo de la armada. Así no podrá decir el almirante inglés que combatió con mas de treinta y dos á treinta y tres navíos, y diremos nosotros que estos batieron á treinta y cuatro navíos con toda la desventaja de una situación accidental, etc. (5).» Pero es lo cierto que ni se pudo impedir el

(4) Parte de don Luis de Córdoba al marqués de Castejon, á 22 de octubre de 1782, en el navío *Santísima Trinidad*, á la vela, en latitud de 35° 37', y longitud de 2° 30' al O. de Cádiz.—Extracto del Diario de las ocurrencias sustanciales de la navegacion de la Armada combinada de mi mando, desde su salida de Algeciras en 13 de octubre de 1782; por el mismo.

(5) En carta que escribia lord Howe el 21 de octubre á bordo del *Victory* en alta mar á M. Stephens, concluia diciendo: «En tales circunstancias no puedo prudentemente pensar aun mucho tiempo en ir persiguiendo á la escuadra enemiga, que creo navega hácia Cádiz.» De manera que aquí parecia el el perseguidor: siendo notable que el 22 aun no se había movido hácia Cádiz la escuadra española: y decia Córdoba aquel día: «Cada vez se alejan mas los enemigos, y á las cinco y media se han perdido de vista.»

socorro de Gibraltar, ni menos se realizaron las lisonjeras esperanzas que se habían hecho concebir de la destruccion de la armada inglesa, y que esto unido al desastre de las baterías flotantes trocó en desánimo nacional lo que antes se había esperado con entusiasmo.

Y con todo eso, todavía no se desistió del sitio de Gibraltar. Por el contrario, construyéronse nuevos espaldones, se adelantaron trincheras, se trabajaba con ahinco en otras obras, y se sostenia el fuego. Objeto constante de los mas extraños proyectos aquella plaza, el mismo Crillon que no había juzgado bien de los otros, adoptó ahora uno no menos extraño que cualquiera de ellos, á saber, el de practicar debajo de la enorme roca una mina de grande extension á mas de doscientos pies de profundidad, de cuyos estragos se prometia grandes portentos. En ella se trabajaba con ardor, sobre todo para vencer la gran dificultad de la ventilacion; y el ministro Floridablanca confiaba en dos ó tres ideas que decia había sobre ella á cual mas útiles. Mas no llegó él caso de experimentar ó el fruto ó el desengaño de este nuevo plan, en razon á haber cesado las hostilidades por las causas que ahora expondremos.

Interés era del gobierno español y cálculo político mantener el sitio de Gibraltar y no desistir de él, siquiera los reverses sufridos hicieran ya improbable y casi imposible la conquista; despues de aquellas adversidades se sostenia menos como empresa militar que como medio político para sacar el partido mas ventajoso posible de los tratos de paz que hacia tiempo mediaban ya entre unas y otras potencias. En efecto, Inglaterra se había convencido de que en América, á pesar de sus extraordinarios esfuerzos, no le era posible seguir luchando sola contra los colonos insurrectos y contra las fuerzas auxiliares de los dos Borbones y de Holanda. La sorpresa de Trenton, y sobre todo el triunfo de los franceses y americanos sobre lord Cornwallis habían introducido el desaliento en el ejército inglés y hecho una sensacion profunda en la Gran Bretaña. Los de los españoles en la Florida y en el golfo de Honduras, y la facilidad con que se apoderaron de las islas de Bahama, junto con otros contratiempos que experimentaron los ingleses durante el ministerio de lord North, produjeron en el pueblo británico un deseo ardiente de paz. Aquel gabinete tuvo que ceder su puesto á la oposicion coligada que había clamado contra la guerra. Los nuevos ministros Rockingham y Fox eran bien conocidos por sus opiniones en este sentido, y lord Shelburne tuvo que modificar la suya conforme al sentimiento nacional. Gobierno y parlamento mostraban en sus disposiciones esta misma tendencia, y la medida de mandar regresar á Inglaterra al almirante Rodney y al general del ejército de América sir Enrique Clinton fué harto claramente significativa. Y por último, no confiando bastante en la mediacion de Rusia y Austria para la paz con Holanda y con Francia, fué enviado directa y secretamente á Paris sir Tomás Grenville con autorizacion para entrar en relaciones con todas las potencias enemigas, y con encargo de proponer, como base preliminar para la paz, la independencia de los trece Estados Unidos de América, volviendo las cosas á la situación en que se hallaban al firmarse la paz de Paris.

Exigencias y dificultades de parte de las potencias, y cambios en su virtud ocurridos en el ministerio británico, pero no extinguiéndose por eso el deseo de paz, produjeron el envío á Paris de otro agente, Alejandro Fitzherberz, despues lord Santa Elena, en tanto que toda Europa tenia fija su atención en el sitio de Gibraltar. Entendiase al propio tiempo la Gran Bretaña directamente con los Estados Unidos de América, por medio de emisarios enviados ex-profeso. Los escritores ingleses censuran con bastante acritud el comportamiento de la corte de Francia, especialmente del ministro Vergennes, en estas negociaciones, no ya tanto por sus exigencias cuanto por su doblez y sus misteriosas intrigas así con Holanda y España como con los anglo-americanos, para inflamar y sostener sus rivalidades con la Gran Bretaña; y pruebas de esta que califican de pérdida conducta dicen haber adquirido en comunicaciones interceptadas á Marbois, agente francés en Filadelfia (1). No nos incumbe ser jueces de la exactitud ó

(1) William Coxe, España bajo los Borbones, cap. 75.

inexactitud de estos fundamentos, ni de la justicia ó injusticia de estas acriminaciones, sino exponer la parte que tuvo y el papel que en estos tratos de paz cumplió desempeñar á España.

Pedia el gobierno español como condicion indispensable para la paz, primeramente y sobre todo la cesion de Gibraltar, y además la conservacion de Menorca, de las Floridas y de las islas de Bahama, con la evacuacion de todos los establecimientos ingleses en el golfo de Méjico y una parte en la pesca de Terranova; y ofrecia en cambio la plaza de Oran con el puerto de Mazalquivir, y favorecer el comercio inglés en España, para lo cual se haria un convenio particular (2). Esta pretension, aunque apoyada por el agente americano Franklin, tuvo que ser modificada á causa del contratiempo de las baterías flotantes, proponiendo compensaciones mas adecuadas á la importancia de la plaza en cuestion. Francia ofrecia indemnizar á Inglaterra con sus posesiones de la Martinica y Guadalupe, dando España á Francia un equivalente en la isla de Santo Domingo. Esta proposicion fué muy bien acogida por lord Shelburne: mas cuando el monarca y el gobierno español esperaban con la llegada del primer correo de Londres anunciar á los pueblos que Gibraltar volvía á formar parte de la nacion española, vieron con tanta indignacion como sorpresa disipadas sus esperanzas, pues lo que trajo el correo (diciembre, 1782) fué la nueva de haber sido el proyecto aplazado, sino abandonado del todo (3), que nada en el mundo era bastante para decidir á los ingleses á la restitucion de Gibraltar.

Con tal motivo, al tiempo que el parlamento británico declaraba la necesidad absoluta de reconocer la independencia de la América del Norte, las cortes de Madrid y de Versalles, sin abandonar las negociaciones de paz, resolvieron continuar con mas ardimiento la guerra. Obra del conde de Estaing fué el plan para la nueva campaña; á tratarle con Floridablanca vino á Madrid, y de tal manera satisfizo al ministro español, que en su Memorial al rey le decia: «Este plan, si pudiera publicarse, haria un honor inmortal á V. M., á las dos cortes aliadas que le adoptaron, y al general conde de Estaing que lo trató.» Baste decir, que jamás habían visto las Indias setenta navíos de línea juntos en una expedicion, con cerca de cuarenta mil hombres de desembarco, y con todos los aprestos, municiones de guerra y boca y demás necesario para dar sin resistencia los golpes que se habían meditado. El golpe principal era una invasion en la Jamaica. General en jefe de las fuerzas combinadas para esta grande expedicion se nombró al mismo conde de Estaing que llevaria por su cuartel-maestre general al marqués de Lafayette, aquel ilustre jóven francés que tantos laureles había recogido peleando como voluntario en favor de los anglo-americanos; y prontos estaban en Cádiz los cincuenta navíos que habían de reunirse, á mas de otros veinte que esperaban en el Guarico, y corrientes y listas todas las tropas expedicionarias, cuando llegó la noticia de haberse firmado los preliminares para la paz (30 de enero de 1783).

Sustituía en ellos la cesion absoluta de Menorca á la de Gibraltar, pudiendo ser esta última objeto de negociaciones ulteriores. Daba Inglaterra á España la Florida Oriental, aunque nuestro gobierno no había exigido sino la Occidental conquistada por Galvez; se relevaba á Francia de la recom-

(2) «Oran y su puerto, decia con su acostumbrada vehemencia el embajador de Paris conde de Aranda, son mas que una compensacion, y deberian por consiguiente aceptarse con gratitud. Si quiere Inglaterra la paz, este es el medio de conseguirla, puesto que el rey mi amo, por motivos tanto personales como políticos, está muy decidido á no dar fin á la presente guerra hasta tanto que haya recobrado á Gibraltar, ya sea con las armas, ya por medio de una negociacion.»

(3) Los escritores ingleses culpan de este resultado á la Francia, insistiendo en la doblez de su política, y atribuyéndole la intencion de impedir que Inglaterra y España llegaran á reconciliarse sinceramente. No opinaba así Floridablanca, puesto que hablando de este punto dice en su Memoria: «Por una parte el ministerio inglés exigía nuevas cesiones gravosas á la Francia, y por otra el ministerio francés se halló rodeado de disgustos y dificultades, que excitaban los interesados en los terrenos de la isla de Santo Domingo, los cuales se oponían á nuevas adquisiciones en la isla, que creían ser perjudiciales á sus intereses.»

pensa que había de dar en sus islas por la plaza de Gibraltar, y á España del equivalente con que había de indemnizar á Francia en la de Santo Domingo, y se otorgaba á la nación francesa la facultad de pescar en el banco de Terranova bajo la misma base que en la paz de Utrecht. El gabinete de París, que vino á ser el autor de estos preliminares (1), fué también el que con sus instancias recabó la adhesión del monarca y del gobierno español, aunque no de buen grado otorgada. No de buen grado, porque Floridablanca insistía en que se llevara á cabo la expedición, para la cual estaban ya hechos inmensos gastos, como medio de obtener condiciones de paz mas ventajosas y estables, sin destruir las esperanzas de la adquisición de Gibraltar. «No se hizo así, decía despues lamentándolo, y V. M. se vió abligado á ceder á otras consideraciones que no es justo decir, firmándose los preliminares de paz, en que el celo de nuestro plenipotenciario el conde de Aranda sacó todo el partido posible con arreglo á las instrucciones que V. M. me mandó darle.»

«Las resultas, prosigue, fueron como se temian, porque el partido de oposicion en Lóndres logró desacreditar y hacer retirar á los ministros que tuvieron parte en la paz, y puesto en el ministerio M. Fox nos dió bien en qué entender para venir despues de ocho meses á la extension del tratado definitivo, en que consiguió dejar sentada con expresiones equívocas una semilla de nuevas discordias.» En efecto, el parlamento británico desaprobó los preliminares: el ministerio fué derribado, por los dos partidos de oposicion representados por North y Fox, y una de las primeras comunicaciones de este último ministro fué una declaracion explícita de que la cesion de Gibraltar no se admitiría en lo sucesivo como punto de discusion. Continuaron no obstante las negociaciones, y el 3 de setiembre (1783) se concluyó en Versalles el tratado definitivo, en que á pesar de los esfuerzos de Fox no pudo Inglaterra dejar de otorgar á las naciones borbónicas casi todo lo que habían obtenido en los preliminares. Solo en lo relativo á España logró el plenipotenciario inglés introducir una frase que dió lugar á que el gobierno británico pretendiera no estar incluido el país de los Mosquitos entre los que los ingleses se obligaban á evacuar, por no hallarse comprendido en el Continente español (frase del tratado). Mas no pasó por la estudiada y capciosa cláusula el gobierno de Carlos III, y menos el sabio ministro que estaba á su cabeza, pues penetrado de que sin la reintegracion del país de los Mosquitos hasta el cabo de Gracias-á-Dios y mas allá, quedaban desvirtuadas las utilidades del tratado en aquella parte, y expuestos los establecimientos españoles á las devastadoras correrías de los indios y á grandes y temibles usurpaciones de los ingleses, encomendó al marqués del Campo nueva negociacion sobre aquel punto, y felizmente se consiguió ampliar las explicaciones del tratado definitivo, el reconocimiento de la soberanía de España sobre el país de Mosquitos como parte de todo aquel continente, y la evacuacion absoluta de todos aquellos establecimientos por los colonos ingleses (2).

«La transaccion mas honorífica y mas ventajosa de cuantas ha ajustado la corona de España desde la paz de San Quintín, llama un historiador inglés á este tratado. Despues de semejante confesion nadie puede ya extrañar que dijera el conde de Floridablanca con noble y justificada vanidad á su soberano: «Todo el mundo ha hecho justicia á V. M. confesando que de mas de dos siglos á esta parte no se ha concluido un tratado de paz tan ventajoso á la España. La reintegracion de Menorca, la de las dos Floridas, la de toda la gran costa de Honduras y Campeche, son objetos tan grandes y de tales consecuencias que á nadie se pueden ocultar.... Sabe V. M. que desde el principio de la guerra fueron estos y el de Gibraltar los que se propuso su soberana comprension, añadiendo

(1) No pierde ocasion el historiador inglés de hacer resaltar la doble conducta de Francia. «Aparentó Francia, dice, que queria entrar en este plan (el de la expedicion)... se nombró á Estaing para mandar las fuerzas combinadas... y pasó á España con el objeto aparente de acelerar los preparativos necesarios.»

(2) Coleccion de Tratados de paz.—Memoria de Floridablanca.—Idem del conde de Aranda.—Raynneval, Instituciones, Apéndices.—Bourgoing, Cuadro de la España moderna.

el de libertar nuestro comercio y la autoridad de V. M. en sus puertos, aduanas y derechos reales de las prisiones en que los había puesto el poder inglés en los precedentes siglos y tratados. También esto se ha conseguido por el tratado presente, que nos ha abierto una puerta para aquella libertad....»

Así terminó aquella guerra de cinco años tan memorable como obstinada, si bien no sin sacrificios de parte de las naciones empeñadas en ella, pero con la admirable circunstancia, por lo que hace á España, de no haber dejado de pagarse puntualmente la tropa, los empleados públicos y la casa real, y de no haberse hecho una sola quinta extraordinaria. Contribuciones extraordinarias hubo necesidad de imponer; pero esto ni se hizo arbitrariamente, sino con acuerdo de una junta compuesta de todos los diputados del reino, del procurador general, y de muchos ministros y consejeros autorizados, satisfaciéndose en su mayor parte de arbitrios por roturas, cultivos y cerramientos de tierras concedidos á los pueblos, ni se cobraron sino el tiempo preciso que duró la guerra; pues habiéndose firmado el tratado definitivo en setiembre de 1783, el nuevo año siguiente comenzó sin otros impuestos que los ordinarios; merced á la buena administracion, y á los muchos donativos con que pueblos, corporaciones y particulares quisieron á porfía contribuir á los gastos de una lucha que se consideró como de honor nacional.

Mercedes otorgó el rey, como acostumbraba, para galardonar á los que en ella habían prestado mejores servicios y trabajado con mas celo, ya con el consejo y direccion, ya con las armas. Digno de aplauso fué el comportamiento del conde de Floridablanca en esta ocasion, pues habiendo remunerado el rey á propuesta suya á tres de sus compañeros en el ministerio (3), pidió al soberano con mucho empeño una gracia para sí, á saber, la de que le permitiera retirarse del ministerio. Carlos se negó abiertamente á admitirle la dimision (4).

CAPITULO XVI

La América española.—Estados berberiscos.—Situacion general de Europa

DE 1780 Á 1788

Comociones en la América del Sur.—Causas del descontento de los indios.—Rebelion de Tupac-Amaru en el Perú.—Sangrienta alevosía con que la inauguró.—Cunde el fuego de la insurreccion á otras provincias.—Amenazan los sublevados las ciudades de Cuzco y La Plata.—Trágicas escenas y horribles excesos de los indios en Oruro y otras poblaciones.—Triunfos de Resequin sobre los rebeldes.—Prisiones y suplicios.—Arrogancia de Tupac-Amaru al frente de sesenta mil indios.—Persiguenle Valle y Areche.—Marcha penosa de los españoles.—Derrota Valle á los sublevados.—Tupac-Amaru prisionero.—Mantienen sus parientes la rebelion.—Son vencidos.—Atroz ejecucion de Tupac-Amaru y su familia en la plaza del Cuzco.—La insurreccion de Buenos-Aires.—Sofócala Resequin.—Los rebeldes se acogen á indulto.—Nuevas alteraciones.—Prision y castigo de sus autores.—Pacificacion de la América española.—Tratos de Carlos III para ponerse en paz con las regencias berberiscas.—Tratado de amistad y comercio entre España y Turquía.—Regalos del monarca español al Sultan.—Embajador turco en Madrid.—Niéganse los argelinos á hacer amistad con España.—Expediciones contra Argel; bombardeos.—Paz entre España y la regencia argelina.—Paz con la de Trípoli.—Treguas con la de Túnez.—Resultados de la paz de España con las potencias infieles.—Enlaces y alianza con Portugal.—Ingratitud y desarreglo del rey de Nápoles.—Prudente política de Carlos con las potencias europeas.—Sucesos de Holanda.—Francia y Prusia atajan los planes del emperador austriaco.—Reformas imprudentes de José II.—Amargura del papa Pio VI.—Muerte de Federico II de Prusia.—Cambio de la política europea.—Diversa situacion de Inglaterra y de Francia.—Restablecimiento del antiguo gobierno holandés.—Amenaza nueva guerra.—Interviene discretamente y la evita Carlos III.—Convenio entre Francia é Inglaterra.—Convenio entre Inglaterra y España.

Aun estaba léjos de verse el término de la guerra producida por el levantamiento de las colonias inglesas de América,

(3) Se dió el título de conde de Gausa con la Gran Cruz de Carlos III á don Miguel de Muzquiz, la misma Gran Cruz á don José de Galvez, ministro de Indias, y plaza efectiva de consejero de Estado al de Marina, marqués de Castejon.

(4) Memoria de Floridablanca.

cuando ya habían ocurrido serios alborotos y graves conmociones en la América española, especialmente en los vireinatos del Perú y Buenos-Aires. Dejando para otra ocasion y lugar la cuestion de si en estas sublevaciones pudo influir el ejemplo de los anglo-americanos, de si fué acierto ó error de la política de Carlos III el haber fomentado mas ó menos indirectamente la insurreccion de los Estados-Unidos, y de si hubo enlace y cohesion entre ambos acontecimientos ó deben considerarse aisladamente y sin trabazon alguna, nos limitaremos aquí á indicar el principio y la terminacion de los lamentables sucesos que ocurrieron en los dos países arriba indicados.

Desde 1780 habían comenzado las turbaciones, revueltas y excesos de los indios, principalmente contra los corregidores, por la opresion y los vejámenes que sufrían de estos funcionarios, y en particular por el abuso que cometían repartiéndoles y haciéndoles tomar artículos inútiles á precios muy caros y subidos. Algunos fueron asesinados, y otros estuvieron en peligro de serlo. El descontento era grande; había una tendencia manifiesta á la sublevacion, y solo faltaba á los indios un jefe activo y emprendedor que los guiara. Deparósele este en la persona de José Gabriel Tupac-Amaru (en lenguaje peruano *Tupac Aymaru*), cacique de Tungaruca en la provincia de Tinta, de la familia llamada Ampuero, que blasonaba de descender, por la línea de las hembras, de los antiguos Incas, y por la varonil, de uno de los compañeros de Pizarro. Los vireyes españoles á su llegada hacían acatamiento público á esta familia, que solía residir en Lima, como en memoria y consideracion á su antigua y esclarecida estirpe; y excusado es decir que en el país era mirada con el respeto de quien representaba todavía un símbolo vivo de sus antiguos soberanos. Superior el José Gabriel á los de su raza, por haber cultivado las letras, había pasado ya por su cabeza el proyecto de restaurar el trono de sus mayores, y teníañle los indios por el mas capaz de libertarlos del yugo de la dominacion española. Desórdenes producidos so pretexto de intentar el gobierno español imponer un nuevo tributo á los naturales, dieron ocasion á este cacique para alzar la bandera de la rebelion tiñéndola alevosamente en sangre.

Había el corregidor don Antonio Arriaga preso algunos de los alborotadores, y Tupac-Amaru meditó tomar venganza del corregidor. Convidóle á un banquete en celebridad de los dias de Carlos III: Arriaga aceptó el convite; mas no bien había comenzado el festin, cuando Tupac-Amaru arrojando la máscara le intimó que se diera á prision (4 de noviembre, 1780), y despues de tenerle seis dias preso le hizo ahorcar públicamente en la plaza de Tinta; apoderóse de sus bienes, se puso á la cabeza de sus parciales y de un cuerpo de milicias, y se declaró libertador del Perú, y sucesor legítimo de los Incas. Un destacamento de seiscientos hombres que envió contra él el corregidor del Cuzco, despues de haber sufrido varios contratiempos, fué completamente derrotado por el cacique rebelde, que orgulloso con esta primera victoria se dirigió al Cuzco, con ínfulas de ser coronado como Inca, en tanto que la insurreccion se propagaba á las provincias inmediatas. Gracias á la presencia casual del teniente coronel Villalta, y á la decision del obispo y de los eclesiásticos seculares y regulares, se organizó la resistencia y se salvó la ciudad.

Pero el ejemplo y las proclamas de Tupac-Amaru propagaron instantáneamente el fuego de la rebelion á todas las provincias situadas entre el Tucuman y el Cuzco; pocas poblaciones se mantenían por el rey: en Chayanta se renovaron los desórdenes, exacerbándolos, en vez de apacarlos, la audiencia de Charcas con poco prudentes medidas: la prision de Tomás Catari en la ciudad de La Plata irritó á dos de sus hermanos, que no tardaron en reunir siete mil indios, con los cuales se presentaron amenazadores é insolentes delante de la ciudad pidiendo algunas cabezas, poniéndola en consternacion y obligando á hacer cortaduras en las calles para su defensa. Una partida que tuvo el arrojado de salir á buscar los rebeldes hubiera perecido toda á no protegerla en su retirada varias columnas de la ciudad (16 de febrero, 1781). De cobarde era motejado por los vecinos el comandante general don Ignacio Flores, y de tal manera se vió ya picado en su honra que tuvo que disponer una salida con las milicias y paisanos, en

la cual ahuyentaron á los indios haciendo prisioneros á los Cataris, que murieron en la horca.

Mas la satisfaccion de este pequeño triunfo fué bien pronto turbada con la noticia de los terribles excesos y trágicas escenas ocurridas en la villa de Oruro, donde los indios, excitados por dos hermanos turbulentos, y no obstante los esfuerzos del celoso corregidor Urrutia y de algunos buenos patricios, como tambien de las comunidades religiosas, cometieron horribles asesinatos, habiendo español á quien arrancaron de entre los pliegues del manto de la Virgen de los Dolores para clavarle el puñal. Las alarmas allí se reproducían todas las noches con caracteres tan sangrientos, que los mismos hermanos Rodriguez que habían provocado la sedicion tuvieron que pedir auxilios á los españoles para escarmentar aquellas hordas de forajidos.

Y todavía estos horrores no eran comparables á los que en otros puntos estaban perpetrando los feroces indios. Aquí degollaban dentro de un templo á cien sacerdotes y mil personas mas, sin reparar en edad ni en sexo; allá sacrificaban bárbaramente á un español con su esposa y seis hijos, entre ellos uno apenas salido del seno materno; en otra parte acababan á golpes á un respetable párroco al pié del ara santa y con el Señor Sacramentado en las manos. Los eclesiásticos y los corregidores eran las víctimas que escogían con frecuencia aquellos tigres de raza humana. Cuerpos de tropas fueron enviados de Buenos Aires, que con actividad asombrosa salvaron largas distancias en persecucion de aquellos desalmados rebeldes, por entre asperezas y desfiladeros, distinguiéndose por su decision el teniente coronel de dragones, don José Resequin, que guiado y auxiliado por algunos celosos párrocos, sorprendió en Tupiza (17 de abril, 1781) al caudillo de los sediciosos y á ciento sesenta mas de los principales de ellos. Sofocó las turbulencias de otros pueblos, condenó al último suplicio á los cabezas de motin, y entró triunfante en La Plata. Servicios semejantes estaba prestando por otro lado la columna mandada por el teniente coronel capitán de granaderos de Saboya don Cristóbal Lopez, y merced á los esfuerzos de tan bizarros jefes iban siendo escarmentadas las salvajes hordas de las provincias de Buenos Aires, aunque les faltaba mucho todavía para volverle el reposo, casi toda ella rebelada y hecha teatro de crímenes horrores (1).

Era, no obstante, Tupac-Amaru quien acaudillaba en el Perú mas formidable y mejor dirigida hueste, como quien tenía mas representacion por su linaje y aventajaba á todos en despejo. Instantáneamente había reunido una falange de diez mil hombres, y hay quien afirma que llegaron á agruparse en derredor de su bandera hasta sesenta mil, de ellos una tercera parte armados á la europea. Montaba él un caballo blanco, y vestía un lujoso traje, con ciertas insignias que simbolizaban la soberanía (2).

Era el empeño principal de este caudillo apoderarse del Cuzco, antigua capital de los Incas sus ascendientes. Con arrogancia se presentó delante de ella al frente de millares de indios al comenzar el año 1781. A batirle salieron diferentes veces los poquísimos soldados españoles que había en la ciudad, pero auxiliados por los comerciantes y por los mismos eclesiásticos, que bajo el mando del dean del cabildo se pre-

(1) Relacion compendiosa de los principales hechos acaecidos en la sublevacion del Perú, que principió en mayo de 1780.—Carta del obispo de Cuzco al de la Paz.—Angelis, Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna del Rio de la Plata.—Informe del fiscal de la audiencia de Charcas sobre la tragedia ocurrida en la villa de Oruro.—Partes de Resequin y del gobernador Mestre al virey de Buenos-Aires.—Lista de los corregidores que han muerto en las sangrientas manos de los indios sublevados desde la provincia de Tinta, etc.

(2) Ferrer del Rio, que consagra á esta rebelion un capítulo entero, á la cual William Coxe dedica dos solas páginas, describe así el traje del cacique rebelde, tomándolo de una relacion contemporánea: «Traje azul de terciopelo galoneado de oro, y encima la camiseta ó *unco* de los indios, cabriolé de grana, sombrero de tres picos, y como insignias de la dignidad de sus antepasados, llevaba un galon de oro ceñido á la frente, y del propio metal una cadena al cuello, con un sol al remate. Sus armas eran dos trabucos naranjeros, pistolas y espada.»—Historia de Carlos III, libro V, cap. 5.